

LEA:

"Los Anarquistas",
por C Lombroso
y **"Lombroso y los Anarquistas"**

Refutaciones al anterior por R. Mella

Agotados hace más de veinte años y que
hemos editado a pedido de numerosos com-
pañeros interesados en que esa obra sea
difundida.

AEP - CDHS
BARCELONA

Apareció en un folleto de 32 pági-
nas, al precio 0.10 cts.

**RESOLUCIONES DEL CONGRE-
SO ANARQUISTA DE "NABAT",**
de 1918.

Documento interesante para la historia del
anarquismo en la revolución rusa.

Editorial "LA PROTESTA"

Temas Subversivos

POR
**SEBASTIAN
FAURE**



**La Comoción
Revolucionaria**

Folleto N.º 11

Precio: 0.15 cts.

EDITORIAL
"LA PROTESTA"

BUENOS AIRES
1922

Sebastian Faure

Temas Subversivos

Doce conferencias pronunciadas desde el mes de Noviembre de 1920 a Febrero de 1921 en París. Estenografiadas por LUIS SALAFA. Traducción de D. ABAD de SANTILLAN.

XI

14525

La Comoción Revolucionaria

EDITORIAL
"LA PROTESTA"

BUENOS AIRES

1922



Doce Conferencias

De FAURE

AEP - CDHS
BARCELONA

Damos esta versión castellana de las doce conferencias famosas que pronunció en París Sebastián Faure, sobre tópicos de actualidad, en el período que va de noviembre de 1920 a febrero de 1921, por considerar que ellas constituyen una de las más completas y comprensibles exposiciones de los problemas de la revolución y de la propaganda desde el punto de vista anarquista.

El autor de "El Dolor Universal" y "Mi comunismo" (La felicidad universal), ha puesto en estas doce conferencias toda su personalidad de sabio y de luchador por la causa de la libertad. Y como habla al pueblo, sus palabras no pueden menos que dejar una profunda impresión, porque Faure es también un orador que sabe mantener la atención del auditorio horas y horas.

LA PROTESTA, complementa su labor cotidiana con la publicación de obras que tienen el mérito de la presente y espera que esta contribución de Faure a la bibliografía revolucionaria sea acogida como se merece.

Editorial LA PROTESTA.

Camaradas :

En mi última conferencia, la primera de las tres consagradas a la revolución inevitable, he pasado revista a las fuerzas de la revolución. Os he señalado las principales: el libre-pensamiento, el partido socialista, el sindicalismo, las cooperativas y el anarquismo. He hecho lo posible para explicar lo más exactamente que pude, el rol que pertenece a cada una de estas fuerzas en el movimiento social y que cada una de ellas puede ser llamada a desempeñar durante el período revolucionario. Esto no quiere decir que cada una de estas fuerzas debe estrechamente, mezquinamente, acantonarse en su misión. Todo se enlaza, todo se encadena en la sociedad como en la naturaleza, todo se condiciona recíprocamente. He querido decir simplemente que para estas fuerzas como en las que componen un inmenso ejército, en el cual, dada su composición, su formación de combate, el instrumento especial de que dispone, cada arma está llamada a ocupar su lugar fijo y a realizar, en la lucha general, una función específica. Supongamos, pues, a ese ejército revolucionario en pie. Forma lo que he llamado el frente de la revuelta, unión necesaria de todos los elementos que lo componen, frente de la revuelta a dirigir contra el frente de la reacción.

¿Estamos en vísperas del conflicto supremo? ¿Están a punto de sonar las horas trágicas? Los esclavos, sublevados al fin por el sentimiento de la rebelión ¿están a punto de saltar al cuello de sus amos? ¿Va por fin a entrar en movimiento ese ejército al que hemos pasado revista el martes último? ¿Va a ponerse en marcha para intentar abatir las instituciones que aplastan a la clase obrera, y, sobre las ruinas de esas instituciones, a fundar una ciudad de la sabiduría, de la justicia, de la fraternidad y de la belleza?

La situación es revolucionaria.

Para que la situación sea revolucionaria—no basta decirlo. es preciso probarlo— es necesario que las circunstancias reúnan estas tres condiciones :

Primeramente que los problemas adquieran tal gravedad que, bajo pena de muerte, el régimen esté en la necesidad de resolverlos rápidamente.

En segundo lugar, que la clase dirigente, frente a estos pro-

blemas, testimonio una incapacidad y una impotencia innegables.

Por último, que en el seno de las fuerzas revolucionarias existan minorías conscientes, esclarecidas, enérgicas, que sepan lo que quieren y cómo lo quieren.

Veamos si estas tres condiciones existen actualmente.

¿Se pueden imaginar problemas más graves que los que plantea ante la conciencia de todos, la situación actual?

En el interior está abierta aún y atrozmente dolorida la herida que la guerra maldita ha causado a este país.

Son las deudas, cuya cifra es incalculable, las cargas, cuyo peso es aplastante, las regiones devastadas, ricas ayer, prósperas, a las cuales, si se quisiera devolverles su prosperidad de antaño, se necesitarían millones y miles de millones de que el Tesoro no posee ni un céntimo. Un material defectuoso o en mal estado, medios de transporte insuficientes, una producción en lamentable déficit (tal es, en el interior, la situación!

He ahí los problemas que plantea, en la hora presente, ante el espíritu público, esta situación misma.

En el exterior, el horizonte está siempre sombrío, preñado de siniestros peligros, las nubes se amontonan sin cesar, cargadas de electricidad belicosa, y quizás podrán llover mañana sobre nuestras cabezas un nuevo diluvio de hierro y de sangre.

La situación, como véis, no es alegre. Está llena de problemas formidables que los dirigentes están en la necesidad de resolver con rapidez, bajo pena de muerte.

¿Que hacen? ¿Que pueden hacer? Nada.

Las medidas que tomen son ineficaces. Han recurrido a algunos paliativos de los que aparece rápidamente la inutilidad. Se considerará bueno reemplazar a Deschanel por Millerand, ofrecer a Briand la sucesión de Lelgues—que está más bien habituado a recoger las sucesiones que a dejarlas a los otros;— se considerará bueno rogar a M. Doumier que reemplace en las Finanzas a M. Marsall; la burguesía, vacía, gastada hasta la médula, considerará bueno hacer un llamado a las inteligencias más lúcidas y a las voluntades más firmes, pero no está en poder de nadie el salvar la situación.

Roto el equilibrio, no se restablecerá más; el centro de gravitación de la sociedad se ha perdido y no puede encontrarse.

Así, pues, están reunidas las dos primeras condiciones que hemos señalado.

Primero, gravedad de los problemas promovidos y necesidad para el régimen, bajo pena de muerte, de resolver estos graves problemas.

Segundo, incapacidad e impotencia de las clases dirigentes para resolver estos graves problemas.

Queda por saber si la tercera condición, la concerniente a las minorías conscientes, en el seno de las fuerzas revolucionarias, se ha realizado.

¿Existen esas minorías en el mundo revolucionario y se hallan prontas a los acontecimientos?

El problema se plantea en estas palabras: ¿Estamos listos? No tomemos nuestros deseos por la realidad. Guardémonos de cometer tal imprudencia, que podía ser, para nosotros, de muy fatales consecuencias.

Con lealtad y franqueza, sepamos reconocer, puesto que tal es ¡ay! la realidad, que no estamos listos, al menos como quisiéramos estarlo, como es necesario que lo estemos.

No estamos listos. No quiero decir que no existe nada, que todo está por hacer. No estamos completamente desprovistos de todo medio de acción y de defensa. Pero lo que queda por hacer es más considerable que lo que se ha realizado ya. Tenemos que entregarnos a un trabajo de precisión y de adiestramiento, de claridad y de reforzamiento. Es a las minorías a las que pertenece entregarse a este trabajo, a esta labor, al mismo tiempo profunda y vasta. Es preciso que estas minorías den a su propaganda una amplitud desacostumbrada, que se compenentren de las dificultades que tendrán que resolver, los obstáculos que tendrán que franquear, de las resistencias que deberán vencer. Es preciso que adquieran más y más conciencia de la acción que cada una de ellas está llamada a desempeñar, acción particular, especial, pero estrechamente asociada sin embargo a la acción general; porque no bastará mañana, si la batalla se empeña, triunfar sobre algunos puntos: es sobre todos los puntos que debemos salir vencedores en ese inevitable encuentro.

Este trabajo de reforzamiento, de claridad, de precisión, de adiestramiento, debe ser realizado durante lo que yo llamo período preparatorio.

Esa labor es inmensa. Es triple. Educación primero, organización luego, acción por último. Y si coloco esta triple labor en este orden, es que ese es el orden natural, el orden cronológico.

La primera tarea es una tarea de educación. Es de ella de la que dependerá la segunda, la organización. Y es de esas dos primeras, educación y organización, que saldrá la tercera, es la acción.

La educación es la gema, la organización es el botón, la acción es la flor abierta.

La obra a realizar, ante todo, en materia de educación es, para cada uno de nosotros, el hacer la revolución en sí: revolución intelectual y revolución moral. Instruirse para reflexionar, comparar, discutir; adquirir los conocimientos que poco a poco traen las convicciones. Además, no basta pensar bien. Y para obrar bien hay que, en la medida de lo posible, conformar los actos al ideal que se lleva en sí, al fin que se propone. Es preciso, por consiguiente, obrar tan revolucionariamente como sea posible hacerlo en el mundo burgués.

La misión de las minorías, en lo que concierne a la educación, es discutir públicamente, comprender todos los problemas que se presenten y aportar la solución que implica nuestra doctrina.

Ante todo, pues, revolución en sí contra esas mil pequeñas batallas que el ambiente ha, poco a poco, instalado, edificado; eliminar de sí mismo los prejuicios absurdos, las convenciones ridículas, las prácticas nefastas que nos unen al medio, que son como los microbios infectos que ese medio desliza, hace penetrar en nosotros y que, en su ocasión, podrían corrompernos enteramente.

Alcanzado este punto, el militante, después de haber hecho su revolución en sí, debe intentar hacerla en los demás. Debe mirar a su alrededor. Es raro que, entre sus parientes, sus amigos, sus vecinos, sus amigos de trabajo, entre las gentes que frecuente, no encuentre al menos una persona que le parezca dispuesta a recibir la buena semilla. Es preciso que el militante se relacione con esa persona y que por todos los medios intente convertirla a las ideas que le son queridas. Sería extraordinario que el militante no llegue a doblarse o a triplicarse por esta propaganda individual.

Los resultados adquiridos no deben quedar aislados. Deben, también, yuxtaponerse unos a otros, agruparse a su vez y formar así, por encima de los grupos, una especie de federación de estos grupos. Así se puede formar, a través del país, una red cerrada, de mallas estrechamente ligadas unas a otras, mallas que aseguran a la vez su resistencia y su solidez.

Será necesario, camaradas, introducir en estas agrupaciones el menor centralismo posible. Digo "el menor posible" porque me doy cuenta de que no es posible suprimir repentinamente el centralismo. Pero hay que reducirlo al mínimo. La vitalidad de esta especie de federación de grupos se mediría en la autonomía de los grupos que la compongan, lo

mismo que la vitalidad de los grupos mismos se mide en la independencia de los individuos que lo constituyen. La potencia de propaganda y de irradiación, la influencia que puede ejercer una agrupación encuentra su base en la variedad de las iniciativas de sus miembros.

Se habla mucho de disciplina en este momento. No voy nunca a una reunión sin oír de labios de casi todos los oradores, esta palabra: disciplina. Creo que la disciplina es indispensable. Pero en ciertos medios se habla de ella con abundancia, un poco demasiado, quizás, y como de algo sagrado.

¿Por qué?

Cuando en el seno de una agrupación no hay más que una unidad artificial y de mando, y que en realidad esta agrupación está profundamente dividida, cuando el organismo lleva en sí turbaciones profundas, cuando todos los días se choca, en el seno de estos grupos, en discusiones intestinas, tanto sobre la doctrina como sobre la táctica; cuando unos quieren tirar para aquí, y los otros para allá, ¿cómo queréis que el carro avance? Pero la disciplina a la que se ha recurrido entonces no es la buena disciplina, la que estimula a los individuos, precipita la marcha, da energía al movimiento, eleva los pensamientos, ennoblece los corazones y fortifica las conciencias. La verdadera disciplina debe resultar de la entente que puede establecerse entre las conciencias los corazones y los cerebros, y de la práctica de la buena camaradería, de la confianza mutua, de la simpatía, del afecto.

No hay nunca, camaradas, que olvidar que la organización es una suma, apretada suma que se compone de cifras adicionales, que esas cifras mismas se componen de unidades sumadas, y que, por consiguiente, el valor total resulta del valor de las unidades que la componen.

Si la educación y la organización son revolucionarias, es natural que la acción será también revolucionaria.

Los militantes deberán, pues, obrar revolucionariamente. ¿En qué consiste esta acción? Consiste en suscitar, en el curso de los acontecimientos, y en la medida en que sea posible, las agitaciones, las efervescencias preparatorias de los movimientos futuros. Consiste, también, en participar en todo movimiento, venido del exterior, si tiene un sentido revolucionario. Debe estimular, multiplicar la impulsión en los cerebros, la efervescencia en las conciencias, la indignación en los corazones, la vibración en la voluntad y el vigor en los músculos. La acción constituye como una especie de adiestramiento para todos los deportes — físicos, intelectuales y morales — que

tienen por fin fortificar al individuo y mantenerlo vigoroso, robusto, entusiasta, sobre el camino de la revolución, liste para aprovechar, con todos nosotros, la ocasión que nos permite empeñar la lucha y decidido a impulsarla hasta el fin.

¿Cuáles serán el carácter y la naturaleza de la lucha a emprender? Me parece necesario fijarlos. Un gran número de personas tienen horror de la sangre a derramar. Están de tal modo habituados a no encarar con serenidad un periodo de trastornos que pudiese implicar un estado caótico y tal vez luchas sangnarias, que tienen el deseo de aborrrar una revolución violenta, brutal, sangrienta. Contra la reputación de que gozan los anarquistas, puedo afirmar que serán los primeros en desear, con todo el ardor y la belleza de su ideal, que la efusión de sangre sea evitada.

Pero he consultado la razón, he consultado la historia, y he consultado la naturaleza.

He preguntado a la razón si era sensato admitir que un trastorno tan profundo como aquél de que nos ocupamos pueda salir como por encanto de una especie de consentimiento universal, consentimiento de parte de aquellos que lo sacrificarían todo y consentimiento mucho más natural de parte de aquellos que se beneficiarían de todo.

La razón me respondió: No, sería locura imaginarse que los privilegiados van a abandonar benévola y voluntariamente, sin ser forzados a ello, sus privilegios; sería locura creer que, sobre el altar del interés común van a hacer el sacrificio, el holocausto de las usurpaciones, de que se benefician desde hace siglos.

Siempre que pedimos a las clases dirigentes una ligera mejora, cuando se trata de una insignificante reforma, si agitamos la amenaza para hacer presión sobre el espíritu de aquellos a quienes quisiéramos decidir a concedernos ese nada, ese casi nada, si empleamos la violencia, inmediatamente somos víctimas de las represiones y, si nuestro acto reviste un carácter más brutal, somos víctimas de la masacre. ¿Y se podría admitir, cuando se trata, no de una concesión ligera, sino del abandono total de sus privilegios, que las clases dirigentes consentirían en este abandono sin obligarlas? La razón me respondió que era preciso no contar con ello y he atendido a la razón.

Interrogué a la historia, y la historia me ha confirmado la respuesta de la razón.

Me dijo: mira, hojea todas las páginas de la historia universal desde los tiempos más remotos. Los amos no han sido desposeídos de sus privilegios más que por la fuer-

za. Siempre que hubo que quitarles algo, se estuvo obligado a conquistarlo tras áspera lucha. Hasta el fin han resistido y no han cedido sino cuando les era imposible resistir más. Para una simple revolución de palacio, la violencia ha intervenido cuando se ha tratado, en el curso de los siglos, de arrancar la corona de la cabeza de éste para ponérsela en la cabeza de aquel; cuando fué cuestión de cambiar el personal gubernativo; cuando se ha tratado de modificar, aunque poco, una constitución política; cuando una casta ha reemplazado a otra casta; cuando se trató, no de abolir, sino de hacer desaparecer momentaneamente los privilegios que se eclipsaban en cierto modo para reaparecer al día siguiente bajo otra etiqueta; para revoluciones sin importancia, en una palabra, la sangre sin embargo ha corrido.

Y vosotros queréis que nuestra revolución, la que pondrá fin a todos los privilegios, la que establecerá entre todos los hombres a la igualdad más fraternal y más equitativa, se opere con suavidad! Sería contrario a la verdad histórica, a todas las enseñas del pasado.

He ahí lo qué me respondió la historia.

Y entonces, me he vuelto hacia la naturaleza. Le pedí a ella su respuesta, y la naturaleza me dijo: abre los ojos, mira, observa, compara, reflexiona y deduce.

No hay saltos en la naturaleza. La naturaleza no dá brinco. Prosigue su marcha de un modo uniforme, por vía de evolución, es decir, de transformaciones sucesivas. Todos los días se operan en el seno de la naturaleza modificaciones más o menos profundas, y cuando aparece una modificación geológica es el resultado de largos siglos de trabajo en las profundidades del suelo o del mar. La forma catastrófica misma no es menos el punto terminal de una evolución más o menos lenta. Es así como la naturaleza procede siempre. Evolución primero, revolución despues.

Llega un momento en que la evolución alcanza su punto culminante, hace lugar a otra evolución, y, en esa evolución que acaba y la que comienza, hay como una fractura, como un estallido, hay lo que se puede llamar una revolución.

Los ejemplos abundan. En las entrañas del suelo se forma una capa de agua, se producen pulsaciones, se ejerce una presión en la superficie de la tierra y, en un lugar o en otro, surge una fuente. Evolución primero, revolución despues.

He aquí las nubes en el horizonte. Se amontonan, se hacen más y más sombrías; todo el mundo sabe, sin ser profeta que la tempestad va a estallar. Animales y gentes ¡tened cuidado!

AEP - CDHS
BARCELONA

Entrad en vuestras casas. He aquí en efecto que, repentinamente, el rayo desgarró la nube, estalla y el cielo vierte sus torrentes sobre nuestro planeta. Evolución primero, revolución despues.

Veamos aún la nieve que cae durante varios días. Despues, a consecuencia de la fundición de esa nieve acumulada y de lluvias torrenciales, se llenan los arroyuelos, los arroyos se convierten en enormes cursos de agua, los ríos se convierten casi en océanos. Y la inundación se produce, llevando a su paso animales y gentes. Evolución primero, revolución luego.

Ved al polluelo. Está encerrado en su cáscara durante 21 días, todo el período de la incubación. Despues de ese período de gestación, con su pico ya bastante resistente, ataca la cáscara de que es prisionero y la hace pedazos. Evolución primero, revolución despues.

Y nosotros mismos venimos al mundo engendrados en el dolor y en la sangre. Evolución primero, revolución despues.

Y bien, decimos: la vieja sociedad está en un estado de preñez y de gestación que nos hace presagiar un parto próximo. Esta vieja sociedad dará a luz en la sangre y en el dolor. ¡Plaza al recién nacido plañífero y magnífico que traerá al mundo su nuevo destino!

Evidentemente no es una teoría muy consoladora esa. Preferiríamos infinitamente más poder decir: Plaza a todos los hombres de buena voluntad; que cada uno escuche la voz solemne y sagrada de la razón; que cada cual comprenda que los tiempos nuevos deben surgir, por fin; que desde hace largo período los hombres están corrompidos, son esclavos o miserables, y que es tiempo de que el infierno de la tierra se convierta en un paraíso. Preferiríamos no tener que pronunciar más que palabras de paz y de amor, porque os lo he dicho hace algunos días, los anarquistas no tienen odio más que para lo que es odioso: para la injusticia, para la servidumbre, porque aman la libertad. Como desgraciadamente en la sociedad actual, la injusticia, la servidumbre, la dominación, la miseria tienen por causa las instituciones de que se beneficia un cierto número de hombres que quieren impedir que se rompan las cadenas y pretenden obstaculizar el camino hacia un porvenir mejor, estamos obligados a emplear las únicas fuerzas a nuestra disposición.

Los acontecimientos se agravan. La situación es turbada como en víspera de acontecimientos considerables; como los de febrero de 1848, los de septiembre de 1871, y como al comienzo de agosto de 1914!

Estamos en la misma situación. Solo que hoy no se trata ya de esa fuerza criminal e imbecil que dirigió unos contra otros a millones de hombres que no se conocían y que ninguna razón tenían para no quererse, ningún motivo para exterminarse. Estamos en víspera de una guerra inteligente, de la guerra racionalista de los esclavos contra los amos, de los robados contra los ladrones, de las víctimas contra los verdugos.

Veamos ahora, camaradas, cómo van a obrar las diversas fuerzas revolucionarias de que he hablado en el curso de mi última conferencia.

No puedo evidentemente más que trazar aquí con brevedad algunas líneas para que os deis cuenta de que el asunto es delicado, el terreno resbaladizo y escabroso; no puedo decir, por consiguiente, todo lo que quisiera decir, pero diré bastante, sin embargo para que me comprendáis.

Las circunstancias que esperábamos se han producido, el momento llegó. ¿Qué debe hacer el partido socialista? Ante todo poner en pié todas sus secciones: las secciones parisienses, las de los alrededores, de la provincia, de todas partes... Es preciso que todas las secciones estén en pié para estimular durante algunos días el espíritu de sus adherentes, para soplar sobre la ceniza y reavivar la llama. Su misión es quebrantar el poder dirigente, su misión es asestar golpes certeros a los poderes públicos, su misión es tomar posesión, a fin de desalojar a los ocupantes y apoderarse de ella, de la sede del gobierno, punto central de reunión de cierto número de fuerzas políticas. Debe procurar apoderarse del Eliseo, de la Cámara de diputados, que será disuelta, del Luxemburgo, o asiento del senado, que será igualmente disuelto, invadir los ministerios, sobre todo el ministerio del interior, porque manda todas las fuerzas de policía y la gendarmería, y porque se comunica con todos los prefectos y con la totalidad de los funcionarios; el ministerio de la guerra, porque tiene bajo su dependencia el ejército y por consiguiente todas las fuerzas militares—apoderarse del Hotel de Ville, de la prefectura del Sena, de la prefectura de policía—instalar en las 80 comisarías de París, tomar posesión del gobierno militar y quemar el palacio de Justicia.

Lo esencial en semejantes circunstancias, camaradas, es desalojar a los ocupantes. No digo que se les mate ni que se les haga daño; conservadles la vida; no es necesario hacerles mal, no lo hagáis, pues. Sufrirán más al advertir su impotencia y verse desposeídos de lo que constituía su bienestar y su orgullo... Tenedlos en rehenes, reducidles a la impotencia, cor-

tad los lazos que los unen entre sí, de modo que queden aislados. Agrupados pueden mucho, aislados no pueden nada.

He ahí lo que debe hacer y lo que hará verosíblemente el partido socialista, tal es su tarea, tal es su misión.

En cuanto a la C. G. T. debe estar en pie también con todos sus sindicatos. Se siente venir la tempestad, se prepara, se sabe que va a haber una especie de catástrofe, se dispone, pues, a dar cara a la tormenta, a hacer frente a la catástrofe.

La C. G. T. se instalará permanentemente en sus propios locales, de modo que se convierta en el centro de las informaciones y de la acción; en la Bolsa de Trabajo, en la Casa del Pueblo, en la casa de los sindicatos, en todas partes en que se tiene el hábito de reunir a los sindicatos on los que deben establecerse oficinas permanentes para estar en comunicación unas con otras y transmitirse las informaciones que pueden ser útiles a todos. Pero esto no es más que el comienzo de la tarea. Es preciso que los trabajadores echen mano a lo que debe, al día siguiente de la revolución, convertirse en su propiedad — nuestra propiedad —, es decir, el conjunto de los medios de producción y de los lugares en que se obtiene esa producción : minas, canteras, talleres, almacenes, oficinas, ferrocarriles, canales, en una palabra, todo lo que tiene un carácter cualquiera de trabajo. Es preciso tomar posesión de todo eso, y además, en lo que concierne a la propiedad, asegurarse en las casas de Banca el existente en metálico y ponerlo a buen recaudo, penetrar en las compañías de seguros y expulsar a los que se encuentran en ellas, hacer una visita a los notarios a fin de destruir los títulos de propiedad difíciles de reconstruir después; ir a la sede de las sociedades financieras, industriales, comerciales, a las sociedades poderosas y no olvidarse sobre todo de tomar, por intermedio de los ferroviarios, todas las estaciones de todas las líneas.

La antigua palabra de orden, que era la palabra de orden de la huelga general: "Desertad de los talleres", nosotros creemos que será preciso sustituirla en este momento por una nueva: "Invadid los talleres". En lugar de abandonar el puesto, conserváos, al contrario, en el lugar en que tenéis costumbre de trabajar, os encontraréis en compañía de aquellos con quienes sufríais, con los que cambiabáis vuestros rencores, a quienes confiabáis vuestras angustias y que os confían, a su vez, su desesperación y su miseria. Estáis ya asociados unos a otros por lazos poderosos, por sufrimientos comunes; el día en que estalle la revuelta, será, pues, natural que en lugar de desertar

de estos lugares en que habéis sufrido, toméis posesión de ellos puesto que debéis ser desde entonces dichosos.

Las cooperativas tienen también una misión importante que desempeñar: deben apoderarse de los grandes almacenes, penetrar en los vastos depósitos, en las poderosas casas de alimentación, en los Halles (aún en la Halle-aux-Vins, en Percy), en los mercados en que se encuentra un cierto número de aprovisionamientos, asegurarse la posesión de los stocks que existen, de las mercaderías necesarias, no sólo de los artículos alimenticios, sino de otros, tales como los tejidos, los cueros, etc.

En suma, su misión durante el período revolucionario, será la de abastecer, de aprovisionar, de repartir en la población todo lo que haya podido procurarse en vista de ese avituallamiento y de ese aprovisionamiento. Las cooperativas están todas designadas para eso: es su oficio, y es natural que lo ejerzan tanto mejor cuanto que tendrán, ese día, libres las manos o al menos se asegurarán el medio de tenerlas.

En cuanto a los anarquistas, camaradas, he aquí, en mi opinión, cuál debe ser su misión. No está claramente definido, es verdad, porque es en todas partes donde hay que sacrificarse, en todas partes donde hay esfuerzos excepcionales que realizar, una tarea peligrosa que asumir, en todas partes donde hacen falta, en una palabra, los hombres enérgicos y sólidamente templados, capaces de morir en su puestos antes que acobardarse, es allí donde los anarquista deben estar...

Su misión es dar el ejemplo, fortificar los puntos estratégicos cuando se advierte que van a debilitarse, — su misión es ser los grandes animadores del movimiento, impulsar hasta el máximo los resultados; su misión sobre todo es estar entre la muchedumbre y con la muchedumbre; electrizarla, galvanizarla; su misión aún, es ir a los barrios opulentos, a las moradas confortables, y os garantizo que, desde los primeros albores de la revuelta, el Parque Monceau y los Campos Eliseos quedarán abandonados y desiertos.

Su misión aún es vaciar los cuarteles y abrir las prisiones; su misión es multiplicar los equipos volantes de modo que puedan transportarse rápidamente de un punto a otro — y si es preciso se requisarán los automóviles para obtener una rapidez mayor. Su misión es estar a disposición de los socialistas, de los sindicalistas y de los cooperadores para ayudarles en su tarea de depuración social y de destrucción necesaria.

Evidentemente, camaradas, la misma tarea (porque es de París, de donde supongo que debe partir el movimiento), debe

hacerse en provincias, principalmente en los centros importantes, de manera que París no se encuentre aislado, sino que al contrario, esté en comunicación constante con los demás puntos del territorio por medio de los ferrocarriles, de los automóviles, de los aviones, por el telégrafo y el teléfono... Lo que es necesario, sobre todo, es que se vigile con cuidado para que las fuerzas enemigas no puedan reconstituirse en ninguna parte.

La lucha puede durar largo tiempo. ¿Será algunos días, algunas semanas, algunos meses, quizá más? No sabemos nada... pero la fase aguda será relativamente corta: cuando el mar es sacudido por una violenta tempestad, queda todavía más o menos largo tiempo agitado en sus profundidades cuando la tempestad ha desaparecido. Cuando un vasto incendio estalla se organiza el socorro, se domina el siniestro; el fuego es circunscripto y todo peligro parece haber desaparecido. Y sin embargo, durante varios días, el fuego existe aún y se está obligado a hacer funcionar las bombas de modo que se apague el hogar del incendio que amenaza reavivarse.

Es lo mismo en la revolución.

La fase crítica, la fase aguda, la fase decisiva será relativamente breve. Es preciso, pues, que los resultados obtenidos en el curso de esa fase sean los resultados más vastos y más definitivos: la salida de la revolución dependerá del primer choque, de la energía que será desplegada al principio por los militantes.

Hay, evidentemente, muchos otros medios de combatir al adversario. El adversario yo lo conozco, y vosotros lo conocéis también. Es animoso cuando se siente fuerte, cuando se siente bien apoyado por el ejército y por la policía, cuando no arriesga nada y tiene, para defenderlo, fuerzas sobre las que puede contar; es animoso cuando se siente seguro de vencer; es invencible cuando el movimiento es localizado, es invencible cuando la humanidad se rebela en un solo punto, pero cuando es atacado en todas partes, cuando de todos lados se vuelve y se revela y no ve más que adversarios, enemigos implacables y feroces, entonces se hace temeroso, viene la desbandada, la huida, el desastre...

Habré acabado, camaradas, con esta conferencia, sobre la que, lo comprendéis, debo dejar voluntariamente algunos puntos en una obscuridad relativa, si, antes de terminar, no os hablara de la dictadura.

No hablaré de la dictadura en Rusia, y esto por dos razones:

La primera es que no quisiera por nada del mundo que se

AEP - CDHS
BARCELONA

pudiese suponer que mis amigos y yo, cualesquiera que sean las críticas que creamos de nuestro deber hacer con motivo del régimen soviético, sobre la república rusa, sobre la dictadura del partido comunista ruso — por nada del mundo, digo, quisiéramos que se consintiese a alguno decir que no amamos la revolución rusa, que no somos sus defensores, que quisiéramos verla aplastada y que nos regocijariáramos de su derrota. Es este un escrúpulo moral.

Pero hay otra razón: Estimo que no poseemos, sobre el movimiento enorme que desde hace tres años se opera en ese país, informaciones exactas, bastante precisas para que nos sea permitido, con conocimiento de causa, y de un modo imparcial, pronunciarlos categóricamente. No estamos tampoco a la distancia necesaria que permite a los hombres que viven en una época cualquiera, en un momento dado de la historia, y que se encuentran en presencia de acontecimientos importantes e imprevistos, poder juzgar esos acontecimientos con imparcialidad y con serenidad.

Me abstendré, pues, en lo que concierne a la dictadura del proletariado (o llamada del proletariado) de toda crítica relativa a la dictadura en Rusia.

Añadiré que, verosímilmente, no habríamos hablado sino estuviéramos obligados a hacerlo. No hemos hablado hace tres, cuatro, cinco o seis meses. ¿Por qué los anarquistas han tomado posiciones? ¿Por qué han sentido la necesidad de afirmarse? Porque un cierto número de hombres han hecho alrededor de la dictadura del proletariado una campaña ardiente, porque han intentado e intentan todavía (no disimulan que es su voluntad introducir, incorporar a la tesis revolucionaria, como si fuese parte integrante de la revolución misma, la dictadura del proletariado) intentan, digo, hacernos creer que una revolución no puede lograrse si el proletariado no recurre a ese medio supremo que se llama la "Dictadura".

Y bien; no admitimos este modo de ver. No hablaré de la dictadura desde el punto de vista del principio. Me sería fácil decir: "Los anarquistas, por definición, son opuestos a toda dictadura, de donde quiera que venga, sea cualquiera el nombre a cuyo amparo se ejerza y sean quienes sean los que la detenten".

Se podría objetarme que ese es un buen principio, pero que los principios están algunas veces obligados a inclinarse ante las necesidades del momento y ante los hechos. Me limitaré, sin embargo, a la demostración que sigue y que voy a secionar de modo que os sea más fácil seguirla.

Se nos dice: "No queremos, como vosotros, la dictadura; la consideramos más bien perjudicial. Es un extremo penoso, pero es un extremo al que es necesario recurrir. No queremos la dictadura; si nos fuera posible evitarla, lo haríamos con placer; sólo que son tales las circunstancias, que la revolución se desarrollará en el seno de tales acontecimientos, de tales condiciones, que será preciso recurrir a este medio penoso, molesto, lamentable, pero necesario".

Si llego, camaradas, a probar que este razonamiento no es justo, que la dictadura no es necesaria, habré al mismo tiempo respondido a los que emplean este lenguaje. No he oído otro, en efecto. Afirmo que no of nunca a un socialista, a un sindicalista, y con más razón, a un anarquista, declararse partidario del principio de la dictadura: todos aquellos con quienes he hablado, todos aquellos de quienes he leído los escritos, afirman que es una necesidad enojosa, pero a la que se está en la obligación de recurrir si se quiere salvar la revolución.

Dictadura necesaria. Tal es el modo como debe plantearse el problema.

Estudiémoslo si queréis.

¿Por qué sería necesaria la dictadura?

¿Por cuatro razones. Si conocéis una quinta razón os agradecería que me la señalasís; es que la habré olvidado; sin embargo examiné bien la cuestión y no descubrí más que cuatro razones; hélas aquí:

La primera es que es preciso defender las conquistas de la revolución contra las ambiciones del enemigo exterior.

La segunda es que es necesario defender las conquistas de la revolución contra los asaltos que podría darle, en el interior, el enemigo desposeído.

La tercera es que es preciso, a consecuencia de la revolución, instaurar un cierto número de organismos en contradicción formal con los que existían antes en la vida económica, intelectual y moral y que hay que instituir en un país regenerado por la revolución. Ahora bien, la masa es absolutamente incapaz de instituir por sí misma todo eso. Es preciso, pues, de toda necesidad, recurrir a los técnicos, a los especialistas, a aquellos que, en una palabra, teniendo el hábito, la experiencia y conocimientos particulares, pueden solamente edificar el nuevo régimen social. A estos hombres es preciso, naturalmente, darles el poder, y con el poder la fuerza que sancione éste. Es lo que se llama la dictadura.

En fin, he aquí la cuarta razón: la humanidad ha sido, desde hace muchos siglos, humillada bajo el yugo, ha contraído tales

hábitos de sumisión, de pasividad y de servilismo, que es inepta y lo será mucho tiempo aún, para vivir una vida libre.

La libertad que fuera francamente concedida a la humanidad sería un instrumento nuevo de que no sabría servirse.

Tales son, camaradas, las cuatro razones, o más bien, cuatro razones sobre las que se apoyan los partidarios de la dictadura para demostrar que ésta es necesaria.

Os repito que no conozco una quinta razón; no conozco más que las cuatro, que resumo así:

- 1.º Lucha contra el enemigo exterior;
 - 2.º Lucha contra el enemigo interior;
 - 3.º Necesidad de una vida nueva (producción, consumo, transporte, etc.);
 - 4.º Ineptitud de las masas para vivir libremente.
- Voy a examinar tan rápidamente como sea posible cada una de estas cuatro razones.

1. — ¿Sobre qué se basa la opinión de que una revolución triunfante esté inmediatamente expuesta a los ataques del exterior? Vosotros, camaradas, reconocéis conmigo que en esto se hallan de acuerdo la razón y los hechos. Mucho antes de que Rusia hubiera hecho su revolución y de que ésta haya suscitado todos los ataques que sabemos de parte de las potencias exteriores, todos los que habían estudiado, aunque fuera poco y de cerca el movimiento revolucionario se dijeron: si la revolución estalla en un solo país, es evidente que los gobiernos capitalistas de los demás países asaltarán esa revolución naciente, para ahogarla, de modo que su ejemplo no sea seguido.

Los acontecimientos han venido a confirmar esta manera de ver. ¿Quiere decir esto que, si hacemos nuestra revolución, nos encontraremos frente a los mismos peligros? ¿No comprendéis, camaradas, que la situación no sería la misma, que sería muy distinta?

Entonces, yo me digo: Cuando hagamos nuestra revolución (será tal vez dentro de seis meses como puede ser dentro de diez años) tendremos, ante todo para apoyarnos, a la Rusia revolucionaria; estamos seguros de no tenerla contra nosotros, sino, al contrario, en favor nuestro. Es ya un apoyo importante. Es probable que tendremos igualmente, que podremos apoyarnos en ese momento sobre movimientos revolucionarios que se habrán ya producido en la Europa occidental y meridional; principalmente en Italia y en España. Yo me pregunto, por consiguiente, ¿cuáles son las potencias que intentarían abatirse sobre nosotros a fin de ahogar la revolución nueva? La situación que existe hoy, en relación a Rusia, no será la nues-

tra al día siguiente de una revolución. Además, si tenemos en cuenta el tiempo durante el cual vamos todavía a vivir bajo el yugo, antes de sacudirlo y libertarnos, nos es permitido suponer que los otros países no quedarán atrás, pero que un cierto número de ellos, aunque no hayan realizado su revolución, darán también hilo que torcer a sus propios gobiernos para que, si nos sentimos amenazados, estos gobiernos estén obligados a consagrar todas sus fuerzas a su propia defensa.

Sin embargo, hecha esta simple observación, prefiero — para tener en cuenta la razón que nos es opuesta en su conjunto — prefiero admitir que la cosa es posible, y que en efecto, podríamos, tal como Rusia y después de ella, tener que defender la revolución que hayamos realizado contra los asaltos que podrían intentar contra nosotros las fuerzas exteriores.

Entonces, he aquí lo que digo: de dos cosas una: o bien tendremos un ejército antes del ataque o bien al sufrir la agresión improvisaremos la defensa.

Persuadido de que el enemigo del exterior caerá sobre nosotros, creemos necesario tomar nuestras precauciones; no esperamos el ataque para constituir un ejército, tendremos éste listo, lo tendremos de antemano y, si lo tenemos de antemano, será un ejército que tendrá un carácter regular, será un ejército permanente, presto a la batalla inmediata, un ejército numeroso cuyo mantenimiento constituirá, recargará a la nación de pesados gastos, con cuadros de oficiales cuyo oficio será la guerra... Y esto equivaldrá, entonces, a consagrar una parte de nuestra producción a obras de muerte en el momento en que tendremos tanto trabajo para satisfacer las exigencias de las obras de la vida.

Esto significará, en una palabra, conservar el militarismo.

Confesad que la existencia de ese ejército que tenga un carácter regular, cuyo presupuesto regularmente dependiente del presupuesto de la nación se armonizaría mal con el nuevo régimen.

Si, al contrario, esperamos una agresión, entonces hay que improvisar un ejército; la agresión no existía ayer, puesto que no éramos atacados y estábamos tranquilos; no pensábamos en hacer la guerra, puesto que queríamos vivir en paz con todo el mundo. Pero somos atacados y, como queremos defender nuestra revolución, como no se trata ya de defender un terreno determinado, inmuebles, propiedades, fortunas, pertenecientes a unos o a otros, sino de defender a la vez nuestra propiedad, es decir, *nuestros bienes, nuestras personas, nuestra independencia*; como esta vez no se trata de defender una pa-

tria que no es la nuestra, sino nuestra patria indiscutible, entonces no nos dejaremos atropellar... Nos hace falta, pues, un ejército improvisado.

¿Cómo estará equipado este ejército? ¿Cómo será condicionado y armado?

Pero, bien; cuando la revolución ha sido realizada, ¿cómo nos organizaremos? ¿No hemos tomado las armas y la pólvora de los depósitos de municiones y de los polvorines? ¿Es que en un país formidablemente armado como Francia y que está listo a entrar, quizás mañana, en una nueva guerra, no existe un equipo militar enorme? Y bien, ¿no podemos conservarlo durante algún tiempo — dos o tres años, por ejemplo — hasta que nos hayamos asegurado que el enemigo exterior está o no decidido a atacarnos? Por mi parte no veo inconveniente. Todas estas municiones y todos estos armamentos no habrá que fabricarlos, es lo esencial y, si no hay que servirse de ellos, se les destruirá en el momento oportuno. Con ese hierro desde entonces inútil se fabricarán rejas de arado. Sí, al contrario, se les necesita, se emplearán y se levantarán ejércitos, como en 1789 y en 1792 se levantó un ejército de voluntarios espontáneamente ante la proclamación de la patria en peligro. ¿Creéis que los que han hecho la revolución para conquistar su derecho a la vida, para hacerse hombres libres, para trabajar por su propia cuenta, creéis que esos hombres no serán magníficos soldados de la libertad?

Por consiguiente, no veo absolutamente por qué la dictadura se impondrá en lo que concierne al enemigo del exterior: La nación puede constituir rápidamente los ejércitos de defensa, ejércitos destinados a rechazar simplemente el ataque y que no tendrán ninguna otra misión; se constituirán por efecto de los acontecimientos, serán hechos necesarios para la defensa de la patria nueva, es decir, de la patria revolucionaria.

2 — ¿Cuál será el enemigo interior? Os confieso que me pareció del todo pueril la razón invocada al respecto.

Cuando, por la revolución, hayáis desposeído al enemigo del interior, cuando lo hayáis reducido a la impotencia, cuando lo hayáis desarmado, cuando no tenga ya ni poder, ni dinero, ni prensa, ni escuelas, ni fábricas, ni bancos... cuando no tenga nada estará, pues, completamente aniquilado ese enemigo. ¿Y vosotros teméis de su parte un resurgimiento ofensivo?

¿Cuando era poderoso y estaba armado hasta los dientes, teniendo a su disposición soldados, gendarmería, policía, tribunales, cárceles y guillotinas, lo habéis derribado, desarmado,

AEP - CDHS BARCELONA

aterrada y le tendríais miedo cuando no hay nada que temer!
¡Veamos!

Porque no puede ya nada...

¡Sí, sí, puede! Y es particularmente sobre este punto que apelo a vuestra atención:

Puede ese enemigo ser aun terrible, aunque derribado. Se puede temer de su parte un resurgimiento ofensivo, serio, decisivo... ¿Sabéis en qué caso? En uno solo. ¡Y os desafío a encontrar dos! He aquí el único caso:

Si, en período revolucionario, si después de la revolución dejáis en pie todo lo que hoy crea la fuerza de la burguesía: su Estado, sus leyes, sus gendarmes, sus cárceles, sus ejércitos, su magistratura, en una palabra, todas sus arma de represión, de salvajismo, de brutalidad y de violencia, sobre las cuales apoya toda su dominación (porque sabéis tan bien como yo que el mundo burgués no domina por la razón, sino por la violencia y por la fuerza), si dejáis en pie todo eso, si, es un enemigo temible, porque puede suceder que, debido a cualquier maniobra, logre apoderarse nuevamente del Estado. Tomará sin duda caminos disimulados para engañaros mejor, hasta vestirá en la ocasión la máscara revolucionaria; se deslizará en vuestras filas, después, un buen día, advertiréis que habéis nutrido en vuestro seno una víbora, y no será una sola.... sino quizás diez, quizás cien. Y en un momento dado, estos hombres que no tendrán más que alargar la mano para volver a ser lo que eran antes, que no tendrán necesidad de instituir una nueva política, una nueva gendarmería, un nuevo ejército, nuevas cárceles, nuevo gobierno, que no tendrán necesidad, por consiguiente de resucitar el Estado porque habréis cometido la falta de no destruirlo, estos hombres podrán covertirse en un peligro.

Pero, si escucháis a los anarquistas, es decir, si rompéis, en manos de la burguesía o de todos los que intentarán ocupar su puesto, lo que hacía su fuerza, si quebrantáis el Estado, si son abiertas las cárceles, abandonados los cuarteles, si no existe ya un ejército, una magistratura, una policía, un parlamento, si al mismo tiempo no queda ya nada de las instituciones que sufrimos y que queremos abolir, entonces el peligro desaparece.

En una palabra, la burguesía se ha instalado en una ciudadela. ¿Queréis desalojarla? ¡Bravo! Tenéis razón: ¡desalojemos a la burguesía de su ciudadela! Pero aniquilemos esta ciudadela. No cometamos el error de instalarnos en su lugar; por que entonces, al quedar en pie la ciudadela, podrá tal vez intentar volverse sobre nosotros....

Pero el día en que no haya más ciudadela, no pertenecerá a nadie. Nadie, entonces, podrá aprovecharse.

Si todos los trabajadores, todos aquellos a quienes se denominan la masa, han tomado posesión de todas las riquezas, de todas las propiedades, de todo el capital, de toda la producción, si han destruido todo lo que era perjudicial, no hay fuerza en el mundo que pueda despojarlos. El beneficio de la revolución, beneficio inmediato y tangible, sería puesto entonces a disposición de la masa, que sabrá guardarlo y defenderlo contra los enemigos del exterior y del interior.

3. — La tercera razón por la cual, se dice, la dictadura es indispensable es que será necesario, sobre las ruinas del mundo capitalista, edificar un mundo nuevo. No más explotación del hombre por el hombre. Siendo el trabajo enteramente libertado, los obreros se entenderán para producir en las mejores condiciones, repartir esa producción del modo más equitativo y transportarla por los caminos más rápidos y más seguros. Sólo que, vosotros lo comprendéis bien, para hacer marchar esa máquina formidable, son necesarios, se nos dice, hombres competentes, técnicos, especialistas, hombres que posean aptitudes, conocimientos y experiencia, pues de lo contrario esto sería el desquiciamiento, el desorden y el derroche.

Esta tercera razón, camaradas, es muy seria. El problema es importante, es muy grave. La humanidad no vive sobre ruinas y, por tanto, es evidente que después de haberlo demolido todo, será preciso reconstruir sobre un plan nuevo, con materiales nuevos y en condiciones nuevas. Y para eso será necesario, efectivamente, recurrir a las competencias, a los conocimientos, a las luces de especialistas y de técnicos.

Pero ¿creéis para eso que será indispensable establecer en su favor una especie de dictadura, que sería la dictadura de la inteligencia, de la competencia, de la tecnicidad y del especialismo? No lo creo, y he aquí cuál es mi razonamiento:

¿De dónde saldrán esos hombres que colocaréis a la cabeza de los negocios? Si estimáis que les hace falta un poder especial para poner orden en el caos y para desplegar en las diversas funciones que les serán encomendadas las cualidades especiales de que ellos son únicamente capaces, ¿queréis decirme, os lo ruego, dónde tomáis esos hombres? ¿De dónde saldrán? O bien los tomáis fuera de la masa o bien los tomáis de la masa misma. Una u otra cosa.

Si los tomáis fuera de la masa y si, sobre todo, se atribuyen a ellos mismos la fuerza; si declaran que, únicamente ellos tienen competencia, conocimientos, clarividencia, experiencia

• **Inteligencia para conducir la nave, ¿a quién veremos ejercer tal dictadura?**

Veremos algunos individuos representantes de un partido o de una clase, y como precisamente estos técnicos, estos especialistas no habrán sido elegidos por la masa, designados por ésta, extraídos por decirlo así de su seno, como no pertenecerán a esa masa y habrán sido elegidos fuera de ella, nos encontraremos simplemente con abogados, periodistas, políticos y... comunistas probados.

¿Creéis realmente que esas gentes estén calificadas para instaurar un mundo nuevo sobre las ruinas que la revolución haya acumulado?

¡Los comunistas probados!... Yo procuro comprender bien lo que quiere decir eso y cuáles son esos hombres que en Francia se han calificado de comunistas probados. Vosotros sabéis que yo tengo horror a los personalismos: no los haré, pues. No cito ningún nombre. Vosotros podéis aplicar nombres particulares a mis teorías generales, no os lo prohíbo; en cuanto a mí, no cito ningún nombre, no hago personalismos. ¿Cuáles son, pues, esos comunistas probados que si la revolución estallase mañana, se alaban de poder ejercer la dictadura? Algunos viejos políticos, hábiles parlamentarios, algunos pícaros del Palacio-Borbón, algunos hombres que desde hace un cierto número de años están a la cabeza del partido socialista y desempeñan un papel importante. Me guardaré bien de decir que no tienen algún valor. Rindo, al contrario, homenaje a su talento y quisiera aun (si eso agrada no tengo inconveniente) rendir homenaje a su sinceridad y a su desinterés. No sospecho absolutamente de ellos, aunque el interés sea un mal consejero. Pero su pasado, ¿los designa para funciones de esta naturaleza? ¿Han dado pruebas irrecusables de su competencia, de su clarividencia? ¿Se puede realmente tener confianza en ellos?

Plantear la cuestión, como dijo alguien, es resolverla. Vosotros sabéis tan bien como yo que la mayor parte de esos hombres que están hoy contra la guerra porque estamos ya en paz, estaban contra la paz cuando estábamos en guerra.

¿Están bien calificados para ser nuestros directores de conciencia? ¿Sería prudente confiarles la menor partícula de autoridad? ¿Sería prudente darles la dirección de nuestros negocios? Os lo pregunto. Según mi opinión, confieso comprobar que son poco calificados para ejercer tal dictadura, sea desde el punto de vista técnico, sea desde el punto de vista de la competencia como especialistas. Son hombres muy intelligen-

tes, es posible — llenos de buena voluntad, lo creo — animados de las mejores intenciones, os lo concedo —, pero nada calificados para tomar en sus manos la dirección de los negocios.

Los otros son muy jóvenes, envidio su juventud. ¿Pero tienen realmente la competencia que pretenden tener? ¿Poseen los conocimientos que son indispensables para el ejercicio de las funciones que les parecen reservadas para el porvenir? Lo dudo mucho. En pocas palabras, concluyo que no es fuera de la masa donde hay que escoger esos técnicos, esos especialistas, esos hombres de una competencia reconocida, de una clarividencia segura. ¿Dónde habrá, pues, que buscarlos? Si no es fuera de la masa será en la masa misma.

¿Pero en qué masa? Evidentemente en la masa de los trabajadores, puesto que se trataría de organizar la producción, puesto que se trataría de organizar la vida económica. Habrá, pues, evidentemente, que tomar a los trabajadores. ¿Es que la clase obrera no poseería ni técnicos, ni especialistas, ni hombres competentes? Estoy, al contrario, bien convencido de que posee y de que posee aún los más calificados. Y al día siguiente de la revolución, los hombres cuya competencia sea útil al funcionamiento del nuevo régimen, los hombres cuyos conocimientos sean necesarios, cuyas luces puedan proyectar claridades fecundas sobre los problemas más oscuros, esos hombres deberán tener su puesto en el mundo dirigente y ponerse a disposición del pueblo.

¿Es que la C. G. T., con todos sus sindicatos, no debe quedar, por su misma misión, como dueña del trabajo? ¿No es ella la que, con sus propios recursos, con sus propios medios, deberá instaurar el régimen nuevo? ¿No es ella la que deberá asegurar, al día siguiente de la revolución, la vida económica?

En cuanto a la práctica, me parece muy sencilla:

Organización local, primero: en los talleres, en las fábricas, en las minas, en las administraciones, en las oficinas. Se trabaja y se sabe muy bien cuál es un bruto y cuál es el inteligente; se sabe mejor que nadie cuál es el que posee un verdadero valor técnico entre aquellos con quienes se trabaja. Pues bien, estos talleres, estas minas, estas oficinas, designarán simplemente los mejores de entre ellos para formar una especie de consejo local. Todos los que posean, sea competencia, sea experiencia, sean las luces de que acabo de hablar, serán dedicados más especialmente a tal o cual servicio, a tal o cual misión: éste a la enseñanza, aquél a la higiene, un tercero a la inspección de caminos, un cuarto a la habitación, etcétera..., de modo que todos los servicios puedan estar re-

AEP - LDHS
BAYONA

presentados por hombres competentes, por técnicos y por especialistas.

Nada será más fácil, en el seno de estos consejos, que poner a estudio todas las cuestiones que interesan a la población, porque los hombres que tienen la ventaja de vivir en medio de esas poblaciones, conocerán sus necesidades, sus aspiraciones, sus costumbres; estarán al corriente de las riquezas del país y serían capaces de pronunciarse sobre la solución relativa a todos los problemas que se plantean en la vida cotidiana.

Evidentemente, las Comunas no pueden quedar aisladas. Por consiguiente, en el seno de esos Consejos comunales se elegirán delegados que irán a formar parte de los consejos regionales, y estos Consejos regionales enviarán por sí mismos delegados a los Consejos nacionales.

Los consejos nacionales tendrán que ocuparse de cosas que interesan a la población de una nación entera, y designarán delegados que representarán a esta nación en el conjunto de todas las demás naciones; es decir, en el Comité Internacional.

Notad bien que no habrá dictadura. Primeramente porque el poder vendrá de abajo. La designación de los diferentes delegados de que hablé se operará por el juego natural del federalismo; en segundo lugar, porque cada delegado tendrá un mandato preciso, limitado, porque no estará armado de un gran poder efectivo.

4. — Llego a la cuarta razón sobre la que se fundamenta la necesidad de la dictadura del proletariado. Esta cuarta razón parece, tal vez, la más seria; es en todo caso la que convendrá examinar más cuidadosamente.

Se me ha dicho y dice todavía: "Si concedéis la libertad de la noche a la mañana a esta humanidad que ha estado hasta el día humillada bajo todos los yugos; sometida a todas las explotaciones, a todas las obediencias, sobrevendrá el caos, el desorden. Los hombres no serán aptos, no estarán dispuestos a vivir una vida libre. Les es preciso todavía — y quizás durante largo tiempo — soportar las cadenas, porque, en razón misma de los hábitos de pasividad desde hace tanto tiempo adquiridos, no son aptos para la práctica de una libertad bruscamente acordada".

Os lo concedo. Digo como vosotros. Es verdad. Reconozco que desde hace mucho tiempo los espinazos se han encorvado, que el hombre aparece más bien como un animal de cuatro patas que como un animal de dos piernas y dos brazos. Tenéis razón. Reconozco con vosotros que la práctica de la libertad

será tal vez difícil, que presentará algunos peligros. Pues bien, camaradas, a este respecto nos encontramos en presencia de dos métodos diversos entre los cuales es necesario elegir. Estos dos métodos son los siguientes:

El primero consiste en mantener la autoridad, en prolongar la obediencia y la servidumbre de la multitud y en remachar las cadenas más pesadas para "enseñarle" a ser libre.

En lugar de abandonar el camino de la sumisión para marchar sobre el terreno de la libertad, este método preconiza la continuación en el camino de los sometimientos, guardándose bien de la libertad. Consiste, pues, en suma, no en quebrar el yugo que pesa sobre la humanidad, sino al contrario, en mantenerlo, diciendo a los hombres que es para habituarlos a sustraerse de él, — consiste en enseñar la libertad por la autoridad, es decir, al revés.

Pasemos al segundo método. Consiste en decir que no hay más que un solo modo de aprender la libertad, es el de ser libre. La libertad es como todo lo demás, se aprende. Hay que hacer un aprendizaje. La libertad es un instrumento terrible; es un arma de dos filos; se puede, como con un cuchillo, servirse de ella útilmente, pero también puede herirse uno mismo y herir a los demás. Y bien, el único medio de hacer un aprendizaje para servirse de esta arma temible que se llama la libertad, es manejar ese instrumento.

He conocido hace unos cincuenta años (¡y quizás más!) a un camarada de colegio que no tomaba jamás parte en nuestros juegos ni en nuestros deportes, cuando íbamos al baño, y cuando se le preguntaba por qué no venía con nosotros, respondía: "No me atrevo. Mamá me prohibió bañarme hasta que no sepa nadar".

Pues bien, lo mismo que se aprende a nadar echándose al agua, a caminar saliendo de la cuna y caminando, aun a costa de algunos golpes, — lo mismo se aprende a servirse de la libertad practicándola.

Habrà, sin duda, al principio, y tal vez durante un tiempo bastante largo que podrá durar varias generaciones — hasta que los hombres, más concientes y más instruidos, viviendo en otro medio, se hayan acostumbrado a servirse de esa arma terrible que es la libertad — habrà, dije, durante un cierto tiempo, desórdenes, saqueos, tal vez crímenes; habrà perecosos que no querrán trabajar, bajo pretexto de que serán libres de hacerlo o no. Pero cualesquiera que sean las consecuencias de ese régimen de libertad, serán aun mucho menos temibles que las consecuencias del otro método, puesto que, poco a poco, el

mal desaparecerá, poco a poco se hará el aprendizaje, poco a poco la humanidad se elevará hasta la altura de su responsabilidad, de sus derechos y de sus deberes. Resultará evidentemente una humanidad libre, mucho más consciente, mucho más noble que la que será mantenida en la legalidad y la sujeción por la violencia y por la coerción.

Una palabra más, camaradas, y habré concluido.

Para asegurarnos, los partidarios de la dictadura tienen cuidado de afirmarnos que el régimen dictatorial tiene, en su espíritu, un carácter esencialmente efímero y pasajero, que no es más que una fase provisoria, una especie de sistema transitorio.

Ante todo, tomo nota de esta declaración y de esta promesa. Tomo nota porque eso prueba que, aun en el espíritu de los que no piensan como nosotros y que son partidarios de la dictadura del proletariado, esa dictadura es, en cierto modo, condenada. En efecto, si la creyesen buena no dirían que desean su desaparición. Si pensasen que es un régimen aplicable a la humanidad, y que debe serlo durante mucho tiempo, que es el único régimen que armoniza con la razón y con la justicia, quisieran, claro está, en lugar de consentir en su desaparición, prolongar su existencia lo más posible y estarían dispuestos a defenderla si fuese atacada.

Si dicen, al contrario, que no será sino por muy poco tiempo, si os dicen: "Haremos una pequeña dictadura, que no durará. Tan pronto como se pueda renunciar a ella, se renunciará, porque nosotros sabemos que es un mal; pero es un mal al que estamos necesariamente condenados; tan pronto como se pueda librarnos de ella, no se dejará de hacerlo".

Una vez más tomo nota de estas declaraciones, de estas promesas de estos compromisos. Pero yo digo que, puesto que no es necesario, — y yo creo haberlo demostrado, — recurrir a la dictadura, nuestro primer deber es no hacer el ensayo, aunque sea por poco tiempo, aun por seis meses, aun por tres meses, aun por ocho días... Es preciso a todo precio evitarla, y lo mejor, el único medio de evitar la dictadura, es combatirla, desacreditarla de antemano e intentarlo todo después. Si por casualidad estamos obligados a sufrirla — es posible: todo es posible — no seremos tal vez los más fuertes; es posible que los anarquistas no estén a la altura de su misión, que no sean bastante numerosos, que sean aplastados por la fuerza militar al servicio de la dictadura; puede suceder que estemos obligados a sufrirla. Sufrimos la dictadura burguesa, ¿quiere decir esto que somos partidarios de ella? La sufrimos porque

actualmente no podemos obrar de otro modo; la sufrimos con un ardiente deseo de combatirla enérgicamente. Pero si al contrario podemos evitar la dictadura, confesad que nos equivocáramos grandemente si no la combatiésemos desde hoy, porque así debilitamos de antemano su crédito, invadimos de antemano su terreno y la reducimos así lo máximo. Vosotros comprendéis que los dictadores no la reducirán por sí mismos. Creedme, la historia está ahí para decirnos que nunca los dictadores encontraron legado el momento oportuno para abandonar la dictadura. El puesto es bueno siempre. No hay ejemplo de individuos que pudiendo llegar al poder o aun a ser investidos de una autoridad puramente moral, hayan voluntariamente y sin ser obligados renunciado a ese poder, únicamente porque se habían comprometido, o aun porque creían que había llegado el momento de renunciar.

Concluyo, pues, que la dictadura será para nosotros como una especie de confiscación prematura de la revolución. Nosotros estimamos que no es indispensable y que, por consiguiente, debe combatirse. Nuestra actitud es, como siempre, clara, lógica, es la misma que hemos tomado y que mañana aun tomaríamos si fuera necesario, contra la guerra.

Es preciso que el pueblo recoja por sí mismo la cosecha que ha preparado. No queremos que la guerra social futura sea como la otra guerra: no queremos que haya a la par víctimas y aprovechadores.

Si somos vencidos, *todos* seremos las víctimas. Pero si somos vencedores, *todos* nos beneficiaremos de la victoria.

AEP - CDHS
BARCELONA

Editorial "La Protesta"

Temas subversivos

12 conferencias pronunciadas ultimamente por Sebastián Faure, sobre problemas revolucionarios de actualidad.

- I La falsa redención.
- II La dictadura de la burguesía.
- III La podredumbre parlamentaria.
- IV La patria de los ricos.
- V La moral oficial y... la otra.
- VI La mujer.
- VII El niño.
- VIII Las familias numerosas.
- IX Los oficios odiosos.
- X Las fuerzas de la revolución.
- XI La conmoción revolucionaria.
- XII La verdadera redención.

AEP - CDHS
BARCELONA

**Próximamente aparecerán en un volumen
de 300 páginas**

**Pedidos a LA PROTESTA - Gires y
valores a nombre de A. Barrera.**

LEA:

"Los Anarquistas",
por C. Lombroso
y **"Lombroso y los Anarquistas"**

Refutaciones al anterior por R. Mella

Agotados hace más de veinte años y que hemos editado a pedido de numerosos compañeros interesados en que esa obra sea difundida.

Apareció en un folleto de 32 páginas, al precio 0.10 cts.

RESOLUCIONES DEL CONGRESO ANARQUISTA DE "NABAT",
de 1918.

Documento interesante para la historia del anarquismo en la revolución rusa.

Editorial "LA PROTESTA"